

DE  
EST  
RA  
Y  
AL  
TR  
NE



ope  
no  
ma  
cio  
acc

ma  
bri  
hal  
cio  
mi  
tar  
ces

les  
po  
ta

in  
pri  
ses

Sa  
ch  
de

27  
tra  
tra

ra  
pr  
tir

El  
za  
fruto.

Entre tanto los Franceses trataban de reunirse para acudir al socorro de la plaza sitiada, tanto por la parte de Andalucía, como por la de Castilla la Vieja,

por lo cual hizo el general Wellesley, (Wellington) acelerar las operaciones del sitio; de suerte que desde el 31 era batida la plaza con 48 bocas de fuego, y se adelantaba la zapa contra el fortin de San Roque á la derecha del ataque. No estaban osiosos los sitiados, que proseguian mejorando sus obras, y se defendian con un fuego muy vivo y acertado.

El 1.º de Abril llegó la zapa cerca del fortin de San Roque, y los puntos batidos en los baluartes de Trinidad y Santa María empezaron á desplomarse, y la guarnicion comenzó un atrincheramiento detras de todo el frente atacado.

Aquella noche montaron los sitiadores otra batería contra San Roque, y se les malogró una tentativa para destruir una presa que estaba detras de aquel fuerte y causaba la inundacion que cubria gran parte de aquel frente, no obstante que llegaron hasta la presa y pusieron contra ella un barril de pólvora con su mecha, y aunque ardió, su esplosion hizo poco efecto.

El 3 estaban ya muy ensanchadas las dos brechas de los baluartes; pero los sitiados no se descuidaban en adelantar su atrincheramiento y aspillar las casas cercanas á las brechas, formando con ellas una tercera línea de defensa. Tambien pusieron junto al castillo una batería de cinco cañones, pero los sitiadores le pusieron al instante una contra-batería de eatorce obuses, para que júgase sobre ella mientras el asalto, que ya se aprocsimaba.

En efecto, las brechas estaban ya el dia 5 practicables, y como el general Soult se acercaba al socorro de la plaza, resolvió el general Wellington dar aquella noche el asalto; pero lo difirió hasta el dia siguiente, por haber tenido por necesario abrir otra brecha en la cortina entre los dos precitados baluartes. Esta se practicó facilmente en dos horas, habiendo dirigido la mañana del 6 hácia aquel punto, el fuego reunido de todas las baterías, y el general en gefe despues de haber ecsaminado de nuevo en persona los puntos de ataque, renovó la orden para el asalto. Entonces la tropa se preparó anhelosa para una accion tan fieramente disputada, tan terriblemente ganada, tan horrorosa por todas sus circunstancias, que su relacion apenas se hará creíble á la posteridad; pero de cuya verdad hay aun vivos muchos testigos dignos de crédito.

Apreciando el general Inglés la firmeza del gobernardor Phillipon y el valor de su guarnicion, le quiso ahorrar el agravio de una intimacion; mas por otra parte, viendo la brecha fuertemente atrincherada y poderoso aun el fuego enemigo de los flancos, no quiso fiar el éesito de tan peligrosa crisis á la suerte de un solo esfuerzo.

Diez y ocho mil soldados intrépidos ansiaban por la señal del ataque, y como no queria privarse de los servicios de ninguno, dió á cada división un cargo tal, como pocos generales se atreverian á imaginar.

Por la derecha se dispuso que la division Pieton, desfilara de la trinchera que cruzaba el riachuelo de Rivillas, y que escalara las murallas del castillo, que tenían de seis á ocho varas de alto, estaban provistas de todos los medios de destruccion y eran tan estrechas en lo alto, que sus defensores podian fácilmente alcanzar á derribar las escalas.

Por la izquierda, la division Leit debia dar un ataque falso, al fuerte de Pardaleras, y un asalto verdadero al fuerte lejano de San Vicente, en el cual estaba minado el glasis: el foso era profundo, la escarpada de diez varas de alto y el parapeto guarnecido con tropas valientes y bien provistas, porque el gobernador, siguiendo el plan que tan bien le habia salido en los anteriores sitios, habia puesto tres fusiles cargados junto á cada soldado para que el primer fuego fuese vivo y mortífero.

En el centro, las divisiones cuarta y ligera al mando del general Colville y del coronel Andrés Barnard, debian marchar contra las brechas. Estaban surtidas

lo mismo que la tercera y quinta divisiones, con escalas y hachas, y las precedían partidas de asalto de á quinientos hombres con sus respectivos *aventureros* (1). La division ligera debia asaltar el baluarte de Santa Maria, la cuarta el de la Trinidad y la Cortina, y las columnas estaban divididas en tropas de asalto y tropas de fuego; la primera para bajar al foso, y la segunda para mantenerse en la cresta del glasis y proteger á la primera con su fuego.

Ademas de estos ataques, el mayor Willon del 48 debia atacar el fortin de San Roque con las guardias de la trinchera, y del otro lado del rio Guadiana debia el general Power hacer un ataque falso á la cabeza del puente.

Al principio solo se habia encomendado el ataque del castillo á una brigada de la tercera division; pero poco antes de la hora prefijada para él, un sargento de zapadores, que desertó de la plaza, informó á Wellington que no habia mas de una comunicacion del castillo á la ciudad, en vista de lo cual mandó el general que la division entera fuese al ataque.

Este fué el plan por mayor, porque hubo otras muchas disposiciones menores, de las que unas se cumplieron y otras se omitieron, pues es raro que en unas acciones tan desesperadas se observen todas las disposiciones estrictamente. La guarnicion no estaba ociosa, porque cuando aun duraba el crepúsculo de la tarde salió del fuerte de Pardaleras alguna caballeria Francesa, escoltando á un oficial, que procuró observar el interior de la trinchera, á fin de ver si se preparaba el asalto; pero el piquete de aquella parte salió á fuera y le hizo fuego, rechazándole con su escolta hácia á las obras de la plaza: en esto oscureció, y quedaron las tropas en espera de la señal.

La noche estaba serena, pero nublada, y el aire cargado con las exhalaciones húmedas de los rios, las murallas y las trincheras inusitadamente silenciosas, aunque en las últimas reinaba un murmullo muy bajo, y en las primeras se notaban luces que alumbraban á trechos y se oian las voces de alerta de los centinelas. Los Franceses, confiados en el talento terrible de su gobernador Phillipon, aguardaban desde su posicion elevada la aproximacion de sus contrarios, á quienes ya por dos ocasiones habian antes desairado, y ahora esperaban arrojar de sus murallas, escarmentados y destruidos. Los Ingleses, formados en profundas columnas, anhelaban tanto por arrostrar esta fiera destruccion, como sus contrarios ansiaban por inferírsela; y los unos y los otros eran igualmente terribles por su fuerza, su disciplina y las pasiones despertadas en sus corazones resueltos.

Habia que vengar anteriores desaires, y de ambas partes eran guiados por hombres que no dejaban disculpa á la debilidad en la hora de la prueba; y la posesion de Badajós habia llegado á ser un punto de honra personal para los soldados de una y otra nacion. Pero el deseo ardiente de gloria estaba empañado en los Ingleses, con un odio á los ciudadanos, originado de un rencor antiguo á causa de los anteriores ataques y de las recientes fatigas y penalidades de este último sitio y de la mucha sangre vertida que á varios inspiró una barbarie increíble, porque estas causas es verdad que á los magnánimos les inspiran humanidad, pero endurecen á los ánimos vulgares. Muchos habia tambien que como el Centurion de César, que no podia olvidar el saqueo avárico, se enardecian con el recuerdo de Ciudad-Rodrigo y estaban sedientos de despojos. Así como cada ánimo hallaba su motivo de anhelo, el admirable poder de la disciplina los sujetaba á todos con una faja de hierro, y con el orgullo militar nadie dudaba de su poder para arrollar cualesquiera obstáculo que los hombres pudiesen oponer á su furia.

[1] *Forlon hopes* llaman los Ingleses á estos voluntarios que en tales casos llevan la vanguardia de las columnas de asalto; aquellas palabras significan *esperanza perdida*, por lo que pudiéramos llamarles *los desesperados*, siendo el encargo que van á desempeñar el mas arriesgado y peligroso de todos, por lo que los pocos que quedan vivos obtienen un grande ascenso.

A las diez de la noche debieron ser asaltados á la vez, el castillo, el fortin de San Roque, las brechas, el fuerte de Pardaleras, el baluarte lejano de San Vicente y la cabeza del puente al otro lado del Guadiana; y era de esperar que las fuerzas de la guarnicion fuesen comprimidas con tan terrible círculo, pero son muchos los chascos de la guerra. Un accidente imprevisto difirió el ataque de la quinta division, y una bala de iluminacion arrojada del castillo que cayó junto á donde se formaba la tropa de la tercera division, descubrió sus preparativos y la obligó á anticiparse media hora á la señal. Alterado así todo de impreviso, la doble columna de las divisiones, cuarta y ligera, se movió en silencio con prontitud hácia las brechas, y las guardias de trinchera, saltando de ellas y dando un gran grito, envolvieron el fortin de San Roque con su fuego, y le embistieron con tal violencia que apenas hizo resistencia.

Pero una repentina llamarada y el ruido de la fusilería indicaban el principio de una accion muy viva en el castillo. Allí el general Kempt, porque Picton maltratado de una caída estaba en el campamento, no esperando variacion en la hora, y así aun no se hallaba presente; el general Kempt, decimos, que conducia la tercera division, habia pasado el Rivillas desfilando de á uno por un puente angosto, bajo de un fuego terrible de fusilería, y rehaciendo despues su tropa y corriendo por la pendiente agria del cerro, habia llegado al pié del castillo cuando cayó herido gravemente, y al retiararse á la trinchera se encontró con Picton que se apresuró á llegar para tomar el mando. Entre tanto, su gente estendida delante del frente aplicó sus pesadas escalas, ya contra el elevado castillo y contra el cercano frente de la izquierda, y con un valor increíble subian los hombres entre una lluvia de piedras, troncos de árboles y granadas que reventaban rodadas desde el parapeto, al paso que desde los flancos los sitiados dirigian sus fusiles con viveza terrible, y por el frente con picas y bayonetas atravesaban á los primeros que asaltaban, ó derribaban las escalas, todo esto acompañado de gritos que aturdian y de los crugidos de las escalas que se rompian y de los quejidos de los soldados machucados por los duros golpes de los pesos arrojados. Todavía apiñados en torno de las escalas restantes, aquellos impávidos veteranos probaban á cuál treparia primero, hasta que derribadas todas, gritaron victoria los Franceses; y los Ingleses aun desalajados no intimidados retroceden algunos pasos y se guarecen de las asperezas de la colina. Allí, así que se rehicieron un tanto las filas mezcladas, el heroico coronel Ridge, saliendo de pronto, llamó á su gente con voz de estertor para que le siguiese, y cogiendo una escala la arrimó otra vez al castillo algo á la derecha del anterior ataque, donde era mas bajo el muro y una cañonera ofrecia menos dificultad.

Segunda escala fué al punto colocada al lado por el oficial de granaderos Canch, y al momento él y Ridge estuvieron sobre la muralla, apretándose las tropas detrás de ellos con grandes voces, y la guarnicion aterrada y en cierto modo sorprendida fué arrojada, peleando por la puerta doble, hácia la ciudad quedando ganado el castillo. Un refuerzo enviado de la reserva de los Franceses llegó entonces y se siguió una nueva refriega, haciéndose fuego ambas partes al través de la puerta, y los Franceses se retiraron; pero Ridge cayó, y ninguno murió aquella noche con mas gloria.

Entre tanto en las brechas era tal el alboroto como si la tierra se abriese y su fuego central fuese arrojado á fuera libremente. Las dos divisiones habian llegado ya al glasis, cabalmente al empezar el fuego del castillo, y el estampido de un fusil único, salido del camino cubierto como señal, les mostró que los Franceses estaban prevenidos; pero todavia no se percibia ningun movimiento, y una profunda oscuridad cubria las brechas. Entonces se echaron algunos haces de heno, se pusieron algunas escalas, y los aventureros y las partidas de asalto de la division ligera, en número de unos quinientos, habian bajado ya al foso sin oposicion, cuando la elevarse en el aire, una llama brillante descubrió todo el horror de la escena. De

una parte se veían las murallas coronadas de figuras oscuras y de armas centellantes, y de la otra las rojas columnas británicas, anchas y prolongadas, iban avanzando como corrientes de encendida lava: entonces sobrevino como el golpe de la vara de un encantador, porque se oyó el estallido de un trueno, y con increíble violencia fueron destrozadas las partidas de asalto por la esplosion de centenares de granadas y barriles de pólvora.

Por un instante se detuvo la division ligera en el borde del foso, asombrada del terrible espectáculo, y luego, con un grito comparable al mismo ruido de la esplosion, corrió á las escalas, ó despreciando su auxilio se arrojó, sin contar con su profundidad, en el golfo que tenía bajo sus piés; y casi al propio tiempo, en medio de las llamaradas de la fusilería que casi deslumbraban la vista, llegó la cuarta division á la carrera y bajó con la misma furia. Con todo, solo habia cinco escalas para ambas columnas, y éstas se hallaban juntas, y una cortadura honda cauada en medio del foso, que llegaba hasta la contra-guardia de la Trinidad, estaba llena con el agua de la inundacion: la cabeza de la division cuarta cayó en esta trampa de agua, y se dice que como cien fusileros de los valientes de la Albuera (1) se ahogaron allí. Los que se seguían no se echaron á la zanja, sino que como si hubiesen previsto aquel desastre, hicieron á la izquierda y se dirigieron á la cara del rebellin no concluido; y como estaba áspero y desigual, fué tenido por la brecha y cubierto de gente al momento; pero todavia quedaba una hondonada ancha y profunda entre ellos y la muralla, de la que salia un fuego mortifero que consumía sus filas. Viéndose burlados, rompieron tambien el fuego con una pronta descarga, á lo que se siguió un desórden, porque la gente de la division ligera, cuyo ingeniero conductor habia quedado inutilizado desde los principios, y cuyo flanco izquierdo estaba detenido por un foso comenzado para cubrir el baluarte de Santa María, se echó con impetu hácia las brechas de la Cortina y de la Trinidad que, aunque estaban delante de ella, debian ser asaltadas por la cuarta division.

Fué grande la confusion, porque á este tiempo estaba lleno de tropa amontonada de ambas divisiones; y al paso que unos proseguían el fuego, otros saltaban abajo y corrían á la brecha, y aun muchos pasaron por entre el rebellin y la contra-guardia de la Trinidad, yendo mezcladas aquellas divisiones; y sus reservas, que debian haberse quedado en la trinchera, tambien fueron y embistieron, hasta que el foso se llenó de gente, empujando para adelante la retaguardia y dando todos gritos desaforados. Tambien las voces de los sitiados eran fuertes y terribles, y el reventar de las bombas y granadas, el estampido de los cañones de los flancos, correspondido por los obuses de hierro de la batería de la última paralela, el pesado rodar y horrenda esplosion de los barriles de pólvora, el zumbido del vuelo de las astillas encendidas, las sonoras exhortaciones de los oficiales y el continuo chasquido de los fusiles, producian un estruendo que ensordecia y aturdia.

Por entonces gran muchedumbre estaba apiñada á la brecha grande, como si los llevase un remolino; pero en lo alto de ella brillaba una fila de hojas de espada, agudas y de dos filos, clavadas fuertemente en vigas pesadas, que á mas de sujetas unas á otras con cadenas, estaban hondamente enterradas en las ruinas: tambien por un espacio de diez piés delante de ellas estaba cubierta la subida con tablas sueltas, llenas de agudas puntas de hierro, que pisadas por los mas delanteros, se ladeaban y hacian caer de boca á los infelices soldados sobre los clavos y rodar abajo sobre los que los seguían.

Los Franceses, voceando entonces por el buen écsito de su estratagema y mostrándose, dirigian sus tiros con prontitud increíble, porque cada soldado tenia mu-

(1) Que se habian hallado en la batalla memorable de la Albuera, ganada por los Ingleses, Españoles y Portugueses á los Franceses en el año de 1811.

chos fusiles, y cada arma, ademas de su carga ordinaria, tenia un canutillo de madera, relleno de pedacitos de plomo que se esparcian como granizo cuando era disparada.

Embistieron otra vez los que atacaban á las brechas, y otra vez las hojas de espada, inmóviles é impasibles, detuvieron su empuje: silbaban las granadas, y tronaban los barriles de pólvora sin cesar. Centenares de hombres habian ya caido, y otros centenares seguían cayendo, pero aun los heróicos oficiales los incitaban á nuevas tentativas, y á veces seguidos de muchos, á veces de pocos, trepaban por las ruinas; los mismos soldados estaban tan furiosos, que en una de estas cargas, la retaguardia apretó hasta empujar á los de adelante sobre las espadas, deseando hacerse un puente con sus cuerpos caidos, tentativa que los otros evitaron echándose al suelo; y el fuego derribaba los hombres tan aprisa, que era difícil conocer el que bajaba por su voluntad y el que iba herido, y muchos se agacharon ilesos, que nunca se volvieron á levantar. Pero en vano hubiera sido el romper por las hojas de espada, porque ya estaba concluido el atrincheramiento de detrás de las brechas, y los que asaltaban, apiñados de nuevo en un espacio aun mas angosto que el foso, se habrian hallado todavia separados de sus enemigos, y habria continuado la matanza.

Al principio de este terrible conflicto, consiguió el coronel Andrés Barnard con esfuerzos prodigiosos separar su division de la otra, y conservaba alguna formacion militar; pero á este tiempo era tal el tumulto, que ningun mando podia oirse con claridad, sino por los muy prócsimos, y los destrozados cadáveres amontonados, y los heridos, luchando para evitar el ser pisoteados, rompian la formacion, siendo imposible conservar el órden. Ademas, oficiales de todos grados, seguidos de su gente, mas ó menos numerosa, se veían aparecer como de repente cogidos de locura, y arrojarse hácia la brecha que con la abertura se presentaba, y el brillo de sus aceros, semejaba la boca de un dragon enorme, vomitando humo y llamas. En una de aquellas tentativas, recibió la muerte el coronel Abacleot, del cuarenta y tres, jóven cuya constitucion endeble habria hecho inhábil para la guerra á no estar sostenido por un espíritu indomable. En donde quiera que se oia su voz, allí se juntaban sus soldados, y los condujo con tal resolucion á las fatales ruinas, que un hombre que iba detrás de él, habiendo al caer clavádole la bayoneta en la espalda, no produjo la menor queja, sino que prosiguió su marcha y fué muerto á una vara de las espadas. Pero no faltaban gallardos conductores, ni desesperados que los siguiesen.

Dos horas gastadas en estos vanos esfuerzos, convencieron á los soldados de que la brecha de la Trinidad era inespugnable; y como la de la cortina, aunque menos fuerte, estaba distante, y acercarse á ella era dificultoso por los hoyos profundos y zanjas abiertas en el foso, las tropas no pensaron mucho en ella desde que se malogró en parte un ataque que se le dió al principio. Juntándose en densos grupos, y apoyándose en sus fusiles, miraban con airada desesperacion el baluarte de la Trinidad mientras el enemigo, asomándose á la muralla y haciendo su puntería á favor de la claridad de las balas de iluminacion que arrojaban desde ella, preguntaban al ver caer sus víctimas: "¿Por qué no entran en Badajós?"

En situacion tan terrible, cuando los cadáveres estaban en montones y otros continuaban cayendo, los heridos arrastrándose, procuraban lograr algun abrigo contra el fuego desapiadado de arriba, y sobre todo exhalaba un olor asqueroso de carne quemada de los muertos. Vió Mr. Shaw, oficial del regimiento cuarenta y tres, que el capitán de ingenieros Nicholas, hacia esfuerzos increíbles con un puñado de hombres para penetrar en el baluarte de Santa María, y juntando Shaw una cincuentena de soldados de todos cuerpos, se unió con él, y aunque por allí habia tambien una zanja honda al pié de aquella brecha, en un instante la pasaron, y aquellos dos soldados, á la cabeza de su gallarda partida, treparon por el

declive de las ruinas, pero así que habían ganado como dos tercios de la subida, un fuego concentrado de fusilería y metralla, los derribó muertos á casi todos. Nicholas fué herido mortalmente, y el intrépido Shaw se quedó solo en pié. Después de esto, ningún esfuerzo se hizo en ningún punto por aquella parte, y las tropas se quedaron pasivas, pero sin abandonar el sitio, bajo los tiros del enemigo, que sin cesar continuaba, porque de los *rifles* del glasis que debía contrarestarles, muchos saltaron á los principios dentro del foso y se reunieron á los que asaltaban, y los demas, barridos por un fuego cruzado de metralla dirigido desde los baluartes distantes, no pudiendo hacer puntería por el humo y llama de las explosiones y pocos además en número, no habían alcanzado á contener la fusilería de los Franceses.

A eso de la media noche, cuando ya dos mil valientes habían caído heridos y muertos, Wellington, que se hallaba en una eminencia junto á las trincheras, dió la orden para que los que quedaban se retirasen á rehacerse para segundo asalto porque acababa de saber que el castillo estaba tomado, y pensando que el enemigo quería sostenerse aun en la ciudad, estaba resuelto á asaltar de nuevo las brechas. Esta retirada del foso, sin embargo, no se pudo efectuar sin nueva carnicería y confusión, porque el fuego de los Franceses no paraba, y la voz que se esparció de que la guarnición estaba haciendo una salida desde los flancos distantes, produjo grande precipitación hácia las escalas. Entonces creciendo los gemidos y lamentos de los heridos que no podían moverse y aguardaban ser acabados, y muchos oficiales que no habían oído la orden de retirada, procuraban detener á los soldados para que no la ejecutasen, y algunos trataron de quitar las escalas; pero no pudieron apartar á la gente para llegar á ellas.

Mientras todo este tiempo, permanecía la tercera division encerrada en el castillo en inacción, y fuese por temor de esponerse á perder un puesto que aseguraba la toma de la plaza, ó porque la salida hácia esta fuese muy dificultosa, no hicieron tentativa alguna para desalojar de las brechas á los Franceses. Entre tanto por la otra parte de la plaza la quinta division había emprendido el ataque falso al fuerte de Pardaleras, y en la derecha de Guadiana, los Portugueses estaban vivamente empeñados en la cabeza del puente; así la ciudad estaba envuelta en fuego, porque la brigada del general Walker, habiendo pasado á favor del ataque de Pardaleras, estaba escalando el baluarte lejano de San Vicente. Su tropa avanzó por la orilla del rio y llegó al cuerpo de guardia Francés del rastrillo sin ser sentida, porque el ruido del agua impidió oír las pisadas: pero entonces fué cabalmente la explosion en las brechas, la luna alumbró, y las centinelas Francesas descubrieron las columnas é hicieron fuego. Las tropas Inglesas se arrojaron inmediatamente bajo de un vivo fuego de fusilería, y empezaron á romper el rastrillo del camino cubierto, cuando los Portugueses sobrecogidos de un terror pánico, tiraron las escalas. Sin embargo, los otros las recogieron, y forzando el rastrillo saltaron al foso; pero fué muerto el oficial de ingenieros que conducía la columna, y encontró allí una *cuneta* que embarazaba el paso, y cuando los de las primeras filas consiguieron arrimar las escalas, se halló que eran muy cortas, porque la muralla tenía por lo general mas de diez varas de altura. Entre tanto era mortífero el fuego de los Franceses, una mina pequeña fué volada debajo de los piés de los soldados y rodaban sobre sus cabezas, vigas gruesas y granadas prendidas, y de los flancos llovía la metralla barriendo el foso, con todo lo cual los que asaltaban iban viniendo abajo de las escalas.

Por fortuna, como algunos de los defensores habían sido llamados de aquel punto para acudir á recobrar el castillo, la muralla no estaba completamente guarnecida y los Ingleses descubrieron un ángulo del baluarte donde la escarpa solo tenía siete varas, y pusieron allí tres escalas debajo de una cañonera que no tenía pieza y solo estaba tapada con un gabion. Subieron algunos hombres, aunque

con trabajo, porque las escalas eran aun cortas, y el primero que llegó á lo alto, fué para ello empujado por sus compañeros, entonces él ayudó á subir á los otros y así se juntaron arriba unos cuantos, y aunque los Franceses disparaban vivamente contra ellos desde los flancos y desde una casa fronterá, se fueron aumentando y no pudieron ser desalojados: la mitad del cuarto regimiento entró así en la ciudad para arrojar á los enemigos de las casas, mientras los otros echaron á lo largo del terraplen hácia las brechas y á fuerza de pelear reciamente, ocuparon uno después de otro, tres baluartes.

El general Walker en la última de estas refriegas, avanzaba espada en mano, á tiempo que uno de los artilleros Franceses descargó un cañon que le derribó cubierto de muchas heridas, siendo maravilloso que pudiese vivir: en seguida algunos de los soldados viendo en tierra una mecha encendida, gritaron *¡una mina!* A esta voz ¡tal es el poder de la imaginación! las mismas tropas á quienes no habían podido detener ni un fuerte rastrillo, ni un hondo foso, ni altas murallas, ni un fuego mortífero, retrocedieron espantados de una quimera, hija de su propia fantasía, y en este desorden, una reserva Francesa mandada por el general Willande calló sobre ellos cargándolos con vigor y prontitud, y arrojando algunos por encima de la muralla, y matando á otros, limpiaron el terraplen hasta el baluarte de San Vicente. Allí, entre tanto, había el general Leith situando al coronel Nugente con un batallón del 38, como de reserva, y cuando los Franceses llegaron matando y derribando cuanto se les ponía delante, este batallón de solo unos doscientos hombres de fuerza, se presentó, y con una descarga de cerca los aniquiló.

Entonces cesó el terror pánico, los soldados se rehicieron, y en un orden unido volvieron á cargar siguiendo la muralla hácia las brechas; pero los Franceses, aunque envueltos por ambos flancos, y abandonados por la fortuna, aun no cedían: en esto el destacamento del cuarto regimiento que había penetrado en la ciudad desde luego que fué ocupado San Vicente, se hallaba singularmente situado, porque las calles se hallaban solas; pero brillantemente iluminadas sin que se divisase persona alguna, solo un murmullo y cuchucéo se oía por todas partes; de cuando en cuando se notaba que abrian alguna celosía, y de tiempo en tiempo salían algunos tiros por debajo de las puertas de las casas, disparados por los Españoles. Entre tanto la tropa, tocando las cornetas, avanzaba hácia la plaza mayor de la ciudad, y en su marcha se apoderó de unas mulas que llevaban municiones á las brechas; mas la misma plaza estaba tan sola y silenciosa como las mismas calles, y las casas se veían del mismo modo iluminadas, parecia que reinaba un terrible encantamiento, porque nada se veía sino luces, ni se oía otra cosa que un susurro sordo al rededor, al paso que el tumulto en las brechas parecia como el estallido de unos truenos.

Allí la acción aun duraba literalmente con furor; por esto, saliendo de la plaza, se dirigieron á tomar por la espalda la guarnición atacando la muralla por la parte de la ciudad; pero al llegar á una calle angosta fueron recibidos con un fuego de fusilería que los hizo retroceder con pérdida, y volvieron á circular por las calles. Por este tiempo ya el general Picton dispuso que la tropa que tenía ocupado el castillo hiciese una salida para obligar á desocupar las brechas; pero los Franceses por entonces las abandonaron y otra tropa Inglesa se introdujo por ellas, y se siguieron encuentros irregulares y variados en diferentes parages, hasta que por último los generales Viellande y Phillipon, que estaba herido, viéndolo perdido todo, pasaron un puente con pocos centenares de soldados y se metieron en el fuerte de San Cristóbal, en donde todos se entregaron la mañana siguiente al ser intimados por el Lord Filzroy Somerset, que con gran diligencia atravesó la ciudad y ocupó el puente de comunicacion para no darles tiempo á que dispusieran nueva resistencia. El ilustre gobernador no se olvidó en la noche precedente, en medio de la última confusión, de enviar algunos caballos desde el fuerte para dar

aviso al ejército de Soult, los que llegaron á tiempo de evitar que á este, que se disponia para ir al socorro de la plaza, le sucediese nuevo infortunio.

Entonces empezó aquella bárbara y desesperada iniquidad que empañó el lustre del heroísmo de los soldados. Es verdad que no todos se portaron del mismo modo, porque hubo muchos centenares que arriesgaron sus vidas y aun algunos las perdieron procurando contener el desórden; pero prevaleció por lo comun el frenesí, y como los hombres peores eran los que dirigian en aquella ocasion, todas las pasiones mas terribles de la humana naturaleza se desenfrenaron. Rapasidad descarada, brutal intemperancia, lascivia salvaje, crueldad y matanza, gritos y lamentos que daban compasion, gemidos, voces, imprecaciones, el silbido del fuego que salia de las casas, los crugidos de las puertas y ventanas, y el estampido de los fusiles que empleaban para ausiliar la violencia, resonaron por dos dias con sus noches en las calles de Badajós! Al tercero, cuando ya estaba la ciudad saqueada, cuando los soldados estaban sin fuerzas por sus propios escesos, fué acabándose por sí mismo el alboroto, mas bien que no fué contenido. Entonces se pensó en los heridos y se dió sepultura á los muertos.

Cinco mil hombres, incluso los oficiales, fueron muertos ó heridos durante el sitio, y de estos, incluso setecientos Portugueses, los tres mil y quinientos lo fueron en el asalto, sesenta oficiales y mas de setecientos hombres de tropa, cayeron muertos al golpe. Los cinco generales Kempt, Harvey, Bowes, Tolville y Picton fueron heridos, y los tres primeros gravemente: como seiscientos hombres, incluso oficiales, cayeron en la escalada del baluarte de San Vicente, otros tantos en la del castillo, y mas de dos mil en las brechas. Y se puede conocer cuán sangriento fué el choque de éstas por las circunstancias de que los regimientos 43 y 52 de la division ligera, perdieron ellos solos mas que los siete regimientos de la tercera division que se batió en el castillo.

Figúrese cada uno esta terrible carnicería acaecida en un espacio de menos de cien varas cuadradas. Considérese que los muertos no lo fueron todos repentinamente, ni con una misma clase de muerte, porque unos perecieron por el hierro, otros por balas, algunos en el agua, otros fueron mallugados y despedazados por cuerpos pesados, varios pisoteados por sus compañeros y muchos, en fin, volados y hechos átomos por las fieras esplosiones, que por varias horas se sufrió esta destruccion sin el menor temor, y que al fin vino á ganarse la ciudad. Contémplese todo esto y se convendrá en que un ejército Inglés lleva consigo un poder terrible. Y sería falso decir que los Franceses fueron débiles, porque la guarnicion tuvo firmeza y se batieron como hombres, con mucha disciplina y haciendo su deber. Ni unos ni otros tuvieron de qué avergonzarse, y ninguna nacion, ningun siglo envió jamas á campaña tropas mas valientes que las que asaltaron á Badajós.

## CAPITULO XVII.

DE LA DEFENSA DE LAS PLAZAS TERRESTRES SITIADAS: MODO DE CONTRARIAR LOS ATAQUES DEL ENEMIGO, RESISTIR LOS ASALTOS, HACER SALIDAS, CELEBRAR JUNTAS DE GUERRA, CAPITULAR Ó ABANDONAR LA PLAZA, CON UN ARTÍCULO ADICIONAL DEL ATAQUE Y DEFENSA DE LAS PLAZAS MARÍTIMAS: ALCANCE DE LA ARTILLERÍA, Y PIÉS QUE CALAN LOS BUQUES DE GUERRA.

Las plazas se pueden considerar como divididas en primero, segundo y tercer órden. Las primeras son aquellas que por la importancia y grandeza de su situacion y de sus obras merecen este nombre, tales como Gibraltar, Ceuta, Habana, Malta, Amberes, Cádiz, Tolon, Mantua, Danzik, Besanson, los Dardanelos y otras; y las de segundo y tercer órden son aquellas algo mas inferiores proporcionalmente; pero esto no hace al caso para darle á cada una la importancia que merece, segun las operaciones generales de la guerra. Toda plaza que por su situacion topográfica influye mas ó menos en los sucesos de una campaña, se hace importante por sí misma; y mas cuando de su posesion ó conservacion depende en algun tanto, en particular ó en general, el éxito de la guerra, bien sea porque contenga almacenes, artillería, parques y demas material de un ejército, ó porque estando situada en la frontera ó línea de operaciones ocupando un punto de ellas, ó sirva de base para apoyar cualquiera de sus extremos, de manera que cualquiera de estos requisitos hacen mas ó menos importante su posesion; y esta es la causa de los sitios de las plazas, porque cada uno de los contendientes quiere poseerla ó quitarla á su contrario: cuanto mas fuerte es la plaza, tanto mas importante se hace, y por lo mismo los sitios son mas ó menos activos y las defensas mas ó menos obstinadas y prolongadas.

Segun han considerado los gobiernos la importancia de sus plazas, así le han dado á cada una sus ordenanzas y reglamentos, señalándoles sus guarniciones, artillería y almacenes arregladas á la clase de sus fortificaciones, aunque en el dia se puede decir que ya no hay plazas fuertes por el arte, porque la enorme artillería que se ha inventado, destruye en poco tiempo las obras mas fuertes y sólidas.

Luego que un ejército amenazare una plaza, el gobernador ó comandante de ella la declarará en estado de sitio, haciéndolo publicar por bando, y desde aquel instante queda de hecho establecido el gobierno militar en cuanto sea compatible con la seguridad y defensa de la plaza, publicando al mismo tiempo los bandos y reglamentos que estime convenientes al mismo fin, siendo los primeros artículos mas ó menos los siguientes:—1.º Que las autoridades civiles den una noticia del número de hombres capaces de tomar las armas.—2.º Que se pongan á disposicion del gobernador las armas y auxilios de toda clase que haya en la ciudad.—3.º Señalará las penas que se deban aplicar, en caso de infidencia, á los traidores y á los demas que crea conveniente castigar segun las circunstancias, estableciendo al mismo tiempo un plan de señales que se harán con las campanas de la torre mas elevada de la ciudad, de donde se descubran los movimientos y baterías del enemigo, de las cuales arroje bombas, numerándolas imaginariamente para indicar por